

Marcelo Sánchez Delgado¹

La Guerra Civil Española: dos historias y una posmemoria desde el sur del mundo

Universidad de Chile

mjsd.historia@gmail.com

De silencios, memorias e historia

Entre los actos de la violencia y las representaciones de cualquier tipo que aspiran a recordarlos, recuperarlos, representarlos y comprenderlos, hay un espacio de silencio cuya ruptura proviene de un esfuerzo de elaboración que han realizado actores sociales muy diversos en su carácter y naturaleza: las víctimas, el Estado, los emprendedores de la memoria, los historiadores, novelistas, dramaturgos, ensayistas, etc. Lo cierto es que, con independencia del tipo de actor implicado en la enunciación, se trata de un espacio de inevitables consideraciones éticas, ya que los eventos que se recuerdan están sobredeterminados semánticamente por la naturaleza del acto violento que les origina.

Cargados de síntomas y de latencias, los ambientes de silencio parecen provocar ellos mismos una cierta crispación social que encarna en tales o cuales actores colectivos o individuales, estatales o civiles, para dar vida al drama de la memoria. La memoria sería siempre dramática en tanto que conflictiva, dada las múltiples visiones, subjetividades e intereses que

¹ Estudiante del programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile.

² Dicha defensa resulta coherente con el itinerario político seguido por los propagandistas católicos ya mencionados aquí como el grupo fundador de la Universidad de San Pablo CEU. Hacia el final del franquismo se habían originado en el seno de este sector grupos críticos del régimen, de entre los cuales se reclutaron eminentes funcionarios del Estado español en transición y líderes de los partidos que protagonizaron desde el poder, dicho periodo. La defensa de la transición viene a ser, en esta perspectiva, la defensa de los valores tradicionales y conservadores,

permanecen y actúan en ella con pretensión hegemónica. Idea cristalizada en la textura que ofrece la noción de “las batallas de la memoria” (Jelin), concepto que traslada al ámbito de la memoria las confrontaciones sociales y políticas. Con toda su carga épica, la noción logra develar los impulsos éticos en juego, tanto como la carga política que pueden albergar los emprendimientos de memoria.

Las obras historiográficas que se estudian y comentan en este trabajo no podrán llegar a ser plenamente comprendidas si no se tiene en cuenta el olvido y el silencio al que pretenden responder, tanto como el horizonte de conflictos sociales y simbólicos en el que se inscriben. Tanto *Historias orales de la guerra civil* (2000) de Alfonso Bullón de Mendoza y Álvaro de Diego, como *Víctimas de la guerra civil* (2006) de Santos Juliá, Julián Casanova, Josep Mari Solé i Sabaté, Joan Villarroya y Francisco Moreno, obtienen su dinámica escritural de un anhelo por arreglar cuentas con el tratamiento del pasado; dicho de otra manera, obtienen su energía e impulso desde una intención clara y consciente por entrar en las “batallas de la memoria”, relatos en ristre e inscribir en ese campo marcial un texto que arremeta contra los silencios, los prejuicios y los olvidos. Ambos textos, son de alguna manera, una forma de rebelión con matices épicos. Con mayor o menor arreglo a los controles extradiscursivos de la historia, y con mayor o menor honestidad respecto de lo que cada obra pretende lograr en el lector, las obras aquí comentadas se declaran parte de la historia y despliegan diferentes argumentos para reforzar su legitimidad y pertenencia a esta área del conocimiento. La historia, tiene por otra parte un estatuto epistémico y profesional que ha obligado tradicionalmente al historiador a prescindir de si mismo. El yo del historiador, con sus intereses y vivencias, aparece tensionado entre actividades de inevitable subjetividad, como la interpretación y la construcción de un relato, y el logro de una retórica que sea considerada de validez colectiva y en algún sentido “objetiva”.

¿Quién habla cuándo habla la historia?

Las obras estudiadas responden al ámbito de la historia y con ello traen de la mano la multitud de debates, cuestionamientos y afirmaciones que se han hecho respecto del hablante en la obra historiográfica. Para ponerlo en forma dialógica: ¿Quién habla cuando habla la historia? En este trabajo, me hago parte de los problemas que plantea Tzvetan Todorov en el prefacio a su texto *Nosotros y los otros* (1991). Problemas que aluden a un camino de salida de la rigurosidad discursiva de la narración histórica académica en búsqueda de un horizonte en el que sean válidas las cuestiones éticas y las dinámicas personales del autor. La enunciación historiográfica y academicista, la juzga Todorov insatisfactoria en cuanto a una ruptura entre el tipo de relación que se establece “entre vivir y decir, entre hechos y valores”; y también “nefasta”, en cuanto a la relación entre sujeto y objeto. Piensa Todorov que en las ciencias humanas, a las que deliberadamente re bautiza como políticas y morales, hay una “comunidad del sujeto y del objeto” (12) que es ineludible enfrentar.

Beatriz Sarlo, al buscar antecedentes de narraciones historiográficas que por sus opciones retóricas escapan del relato histórico tradicional, da cuenta de una cierta tradición de producciones excéntricas, como la de Richard Hoggart en la década de 1950 (ver 20), quien recurría a sus propios recuerdos de infancia para estudiar las costumbres de la clase obrera británica, a través de una auto indagación etnográfica. Intervienen aquí el “giro subjetivo” de las humanidades, que ha intentado descentrar el entendido tanto de la narración histórica positivista-estructuralista y “objetiva”, como sus estrategias cognoscitivas. Este y otros enfoques, abren el espacio otro de la descripción objetiva tradicional y cuestionan al hablante neutro. Por otra parte, esta búsqueda no significa una renuncia a la razón, a la comprobación extradiscursiva o a las precisas distinciones que pueden caracterizar una ciencia histórica. Se trata más bien de hendir de alguna manera lo que se advierte como una fría superficie de la narración histórica y contaminarla decididamente de ética y valores según aspira el mismo Todorov ¿Puede, en esta textura, lo que resulte de esta estrategia, seguir llamándose “historia”?

En el panorama relativo a la Guerra Civil Española, a los silencios antiguos, obligados y heredados, parecen oponérsele ahora las memorias, en forma de relato histórico y de una multitud variopinta de novelas, que pretenden poner en letras de molde la saga colectiva e individual de oprobio que acompaña el desarrollo de los acontecimientos que iniciaron en 1936. Un escritor conflictivo por su relación con el franquismo, Camilo José Cela, escribió en 1969 una obra titulada *San Camilo 1936*, cuya dedicatoria rezaba así:

A los mozos del reemplazo de 1937, todos perdedores de algo: de la vida, de la ilusión, de la esperanza, de la decencia. Y no a los aventureros foráneos, fascistas y marxistas, que se hartaron de matar españoles como conejos y a quienes nadie les había dado vela en nuestro propio entierro.

Mi interés está en la primera parte de la cita, que me resulta notable por expandir al protagonista anónimo de ambos bandos, “los mozos del reemplazo de 1937”, la condición de víctimas. Como tantas otras absurdas víctimas a lo largo del conflicto y la posterior represión franquista, su error consistió en estar ahí; en ser jóvenes y sanos, prospectos de buenos soldados. ¿Es tan prístino adjudicarles a cada uno de ellos el compartimiento estanco de víctimas y victimarios? Por cierto, muchos dan ejemplo del mal y la brutalidad absoluta, tanto como otros de altruismo y generosidad. Con todo, lo que puede ser cierto en casos individuales, como los que se presentan las *Historias orales de la guerra civil*, no resulta posible traspasarlo a las coordenadas ideológicas y políticas de un régimen. Es esta valoración social de los “bandos” la que parece haberse puesto en juego en las obras que vamos a comentar. Mientras Bullón de Mendoza y De Diego usan de los testimonios individuales para cuestionar las valoraciones sociales del presente, Santos Juliá y el grupo de historiadores responsables de la obra, han puesto su esfuerzo en la caracterización de un régimen.

Escrituras historiográficas de la violencia política: entre el espíritu de cruzada y el ajuste

Resulta claro, al escudriñar en los datos bibliográficos y biográficos disponibles de algunos de los autores aquí implicados, que nos encontramos frente a dos tipos de encuadre bastante claros e identificables. Si bien ambas obras abarcan a los dos “bandos” del conflicto y declaran aspirar a hacer un aporte ecuánime, resulta evidente que la obra de Bullón de Mendoza y De Diego, puede inscribirse en una contraofensiva pro franquista en contra de la presencia mediática y el ascendiente moral de la memoria de los vencidos. A principios de la primera década de este siglo el historiador inglés Tony Judt llamaba la atención sobre la dinámica perversa de una historia comparativa de las víctimas, cuyo fin perverso sería obtener dividendos políticos en el presente (ver Labanyi, “Historia” 87). Lo que los autores de *Historias* tienen en cuenta para comprometerse en una obra histórica no es tanto la verdad histórica, sino la abrumadora presencia de la performatividad desplegada por el esfuerzo de reparación simbólica de los vencidos. Esto plantea desde ya numerosos problemas, ya que tales “bandos” –vencedores y vencidos–, no han sido ni en su hora ni en sus tradiciones de memoria conjuntos homogéneos, estables y armónicos (ver Labanyi, “Historia” 89). Han sido lo que eran: nombres asignados a movimientos políticos de dimensiones sociales e ideológicas tan vastas que los conflictos y violencias internas a cada uno de ellos son señas de enorme diversidad y fraccionamiento.

En principio es posible entender el texto de Alfonso Bullón de Mendoza y Álvaro de Diego, como una obra historiográfica imbuida y sintonizada con el mismo espíritu de cruzada del bando nacionalista. Claro que aquí la batalla es la de la memoria, que a pesar de su vestimenta posmoderna, en tanto historia oral y del cotidiano realizada a modo de un bricolage, revela unos actores comprometidos con un programa conservador y católico. La obra se presenta condescendentemente al declarar que no es otra cosa que: “una singladura que no pretende tener otro mérito que dar una idea, lo más fiel posible, de la forma en que buena parte de los españoles vivieron la contienda” (11). Tal bricolage se construye solapando, sin mayor agrupación que ciertos universos temáticos, tanto testimonios acriticamente reproducidos como las opiniones de

los autores y sin considerar en absoluto un debate ya desarrollado a partir la sociología de la memoria; esto es, la construcción social del recuerdo y su deformación a partir del presente. Algo que pudo haber sido tomado en cuenta al emprender el registro de la memoria de unos acontecimientos ocurridos a una distancia temporal de 50 años. Lejos de la tarea propia del historiador, que sería en principio descubrir atributos, caracterizar, interpretar; Bullón de Mendoza y De Diego se limitan a presentar unos recuerdos pergeñados 50 años después de los acontecimientos, sin tener en cuenta que:

infinidad de estudios atestiguan el carácter limitado y selectivo de la memoria, tanto individual como colectiva, su textura frágil, parcial, manipulada y discontinua, por la erosión del tiempo, por la acumulación de experiencias, por la imposibilidad real de retener todos los hechos y, en todo caso, por la acción del presente sobre el pasado (Cuesta Bustillo 206).

Con todo, es de señalar que a través del bricolage, la obra aporta un material de interés por dar nuevas visiones desde lo magmático y las perspectivas múltiples, pero que sin interpretación de por medio, termina sucumbiendo a al ámbito de la rememoración y del catálogo de recuerdos. Detengámonos un momento, en la contextualización académica e ideológica de los autores de *Historias orales de la guerra civil* y de *Víctimas de la guerra civil*.

Alfonso Bullón de Mendoza es académico de larga trayectoria de la Fundación Universitaria San Pablo CEU, conocida como CEU, sigla que reseña la denominación Centro de Estudios Universitarios. Dicho Centro es una institución fundada en 1933 por la Asociación Católica de Propagandistas; una agrupación cuya historia es de por si compleja y de enorme trascendencia en la historia política de España. Bullón de Mendoza es también consejero de Arbil, una agrupación partidaria de la familia, el orden y los valores católicos, que considera esenciales para la civilización occidental. Más que un dato anecdótico, el espíritu de cruzada que anima a las instituciones a las que pertenece Bullón de Mendoza, es el que parece animarlo en esta obra. Luego de la publicación de *Historias orales de la guerra civil*, la cuestión de la memoria se ha vuelto central en su actividad, siendo actualmente Director del Instituto CEU de Estudios

Históricos. A partir de este Instituto la cruzada por la memoria de Bullón de Mendoza ha sido incesante durante los últimos años, destacándose los congresos madrileños llamados “La otra memoria” y el documental “El Partido Comunista y la defensa de Madrid: la masacre de Paracuellos del Jarama” (2010). La cuestión de la memoria de la violencia política del bando republicano es de tal trascendencia en la institución que dirige Bullón de Mendoza, que esta se ha instalado, con evidente afán simbólico, en un edificio al que se le atribuye haber sido recinto de detención y tortura del bando republicano durante la guerra civil española.

El coautor del texto, Álvaro de Diego, fue académico de la Universidad San Pablo CEU y actualmente profesor de periodismo en la Universidad a Distancia de Madrid. Posteriormente a *Historias orales de la guerra civil*, ha publicado *José Luis Arrese o la Falange de Franco* (2001), *Las mujeres de la transición* (2008) y *El franquismo se suicidó* (2010). Entre sus membresías se cuentan el formar parte de la junta directiva de la Asociación Española para la Defensa de la Transición.²

Por su parte, los autores del texto *Victimas de la guerra civil*, pertenecen a diferentes generaciones de historiadores “profesionales”. La cuestión biográfica resulta importante en términos de las energías creativas puestas en juego. Tomemos, a modo de ejemplo, el caso del historiador Josep Maria Solé y Sabaté, cuya vocación de historiador deriva directamente de su experiencia familiar y personal, de la Guerra Civil. Entrevistado el año 2008 por Jesús Brotons para la *Revista Vice*, Solé y Sabaté explicaba así su vocación de historiador:

[L]o que despertó mi vocación, fue todo lo relacionado con la guerra civil y la posguerra. Mi padre fue un joven de Lleida de la Quinta del Biberón, maestro de escuela e hijo de maestros. Él me hablaba de sus compañeros que murieron en la batalla del Ebro. De pequeños, mi hermano y yo hacíamos la broma, cuando no encontrábamos a alguien, de preguntarnos: “¿Dónde está éste?” Y yo decía: “Murió en el Ebro”. Recuerdo,

² Dicha defensa resulta coherente con el itinerario político seguido por los propagandistas católicos ya mencionados aquí como el grupo fundador de la Universidad de San Pablo CEU. Hacia el final del franquismo se habían originado en el seno de este sector grupos críticos del régimen, de entre los cuales se reclutaron eminentes funcionarios del Estado español en transición y líderes de los partidos que protagonizaron desde el poder, dicho periodo. La defensa de la transición viene a ser, en esta perspectiva, la defensa de los valores tradicionales y conservadores, representados por los líderes que la protagonizaron.

nunca se me olvidará, que en el año 1974, cuando dije que quería estudiar la guerra civil, historiadores muy importantes en aquel momento me dijeron que eso ya no interesaba a nadie. Aquello me sorprendió mucho. Mi padre murió poco después, y en su último viaje quiso ir al lugar donde se libró la batalla del Ebro. Yo sentía adoración hacia él por el gran esfuerzo que hizo por que sus hijos pudiéramos estudiar. Recuerdo que me dijo: “Fíjate si éramos jóvenes, si eran niños aquellos muchachos, que muchos no conocieron el amor”. Tiempo después, pensando en ello, comprendí que me estaba hablando de él mismo. Me impresionó muchísimo. Nunca he perdido la vocación de estudiar la guerra civil y la posguerra. (S.p.).

Entonces, si al contextualizar la pertenencia ideológica de Bullón y de Diego es claro que desde allí se ha puesto en juego una visión favorable a uno de los bandos del conflicto relatado ¿No queda menos expuesta a igual crítica, dado el contexto existencial y biográfico, la visión que pudieran ofrecer historiadores como Solé y Sabaté?

Veamos el caso de Santos Juliá, coordinador de la publicación, quien ha descrito su vocación de historiador como producto del “azar” y que aboga por un rol del historiador fuertemente protegido de las posiciones ideológicas por las prácticas de control extradiscursivo del relato histórico. Para Juliá, el historiador “no es juez que quiere condenar, no es un político que quiere hacer del pasado un elemento para legitimar la fuerza de su presente, ni es un policía que busca un culpable”. Indicaciones que Juliá complementa con la defensa de las prácticas de la tradición académica historiográfica, señalando que: “Yo no he podido escribir sin una prueba explícita y siempre he escrito con notas a pie de página.” El rigor y la tradición de la academia – ese ghetto histórico que alude Sarlo– constituyen el muro defensivo de la validez narrativa que defiende Juliá. El objetivo declarado de Juliá es llegar a “prescindir de la Guerra Civil” y “levantar esa losa que pesa sobre nosotros”, según declara en una entrevista de junio de 2011 (Europa Press s.p.). En resumen, la idea paradójica de recordar para olvidar, hacer memoria e historia para liberarse del pasado.

Las obras aquí analizadas, recordemos, surgen en profunda relación con las llamadas batallas de la memoria. Para Bullón y de Diego se trata de entrar allí a para re-configurar un

pasado des-figurado por la política oficial y los discursos de mayor visibilidad mediática. Para los historiadores de *Víctimas* hay también objetivos: superar la historia, trabajar el trauma y olvidar, y, de gran relevancia, ajustar la memoria de la violencia con acuerdo a estrictas normas historiográficas, estadísticas, cliométricas. Este ajuste, va concretamente en la dirección de una corrección al alza en la contabilidad de las víctimas provocadas por la represión franquista, durante la guerra sino en la vigencia del régimen. Entre la cruzada y el ajuste, los autores de estos trabajos no pueden ser comprendidos fuera de su lugar de la enunciación; lugar al que confluyen las tradiciones y regímenes de saber historiográfico, tanto como sus más profundas convicciones y el particular contexto de olvido promovido por el franquismo y por el periodo de la transición.

El perfil obtenido al considerarse a los autores de las obras, puede ser complementado además con las prácticas y expectativas que se activan en la lectura. La presentación de una obra en el anaquel de “historia”, supone toda una gama de contratos implícitos entre narrador y lector; tal vez, uno de los más importantes, la necesidad de encontrarse allí con un relato que si bien puede saberse de antemano parcial, se encuentra enlazado a aspectos de la dimensión social que no son enteramente manipulables por la subjetividad del autor y a los que eventualmente la comunidad académica puede llegar a acceder para ejercer crítica o, directamente, para la construcción de otro relato. Si bien el novelista y el historiador hacen uso de fuentes en su práctica, el novelista las contiene y recrea en el texto, las más de las veces sin explicitarlas; mientras el historiador las ubica fuera de la narración, bajo la forma de citas, referencias y fuentes, para señalar que hay hechos sociales, contrastables y comprobables, en los que el relato se fundamenta.

Sin embargo, el esfuerzo narrativo historiográfico no es neutro ni ajeno a las motivaciones humanas en cuanto a las fuerzas dinámicas que operan en la persona del historiador. Necesitado de las ingentes energías que requiere su tarea, el yo del historiador, parece aceptar voluntariamente un desplazamiento inevitable, que pospone pero no limita su realización a través de la obra. Tal realización, por otra parte solo tiene sentido en la medida en que su retórica argumentativa logra imponerse y concitar un mínimo grado de aceptación social. Relator de la

saga colectiva, el/la historiador/a se han visto llevados a asumir las condicionantes que validan su relato como tal.

El arco de los acontecimientos como intención

Las obras aquí referidas abarcan un arco de acontecimientos cuya extensión es en si misma reveladora de las intenciones que animan a cada obra. *Historias orales de la guerra civil* abarca acontecimientos que van desde el inicio de la Guerra Civil en 1936 hasta el umbral del cambio de milenio. La salvedad del caso es que, si bien este es el arco de los acontecimientos que narra la obra, hay en medio de ellos un silencio que abarca desde el final de la guerra en abril de 1939, hasta el final de la década de 1990. Más allá de las cuestiones de método y de epistemología que será necesario considerar, dada la relación de la obra con la historia oral y del cotidiano; veamos por un momento el curso narrativo. Los primeros acontecimientos narrados son los relativos a la recogida de la información. En un contexto académico se lleva adelante un proyecto de entrevistas, que realizan desde 1990 a 1998 las sucesivas cohortes de estudiantes de periodismo de la Universidad San Pablo CEU a sus parientes y en base a una encuesta previamente preparada por los docentes-historiadores-autores. La Institución es reconocida como una “universidad católica y de elite” (10). Sobre la construcción de dicha encuesta, muy poco se discute o argumenta para justificar la elección de las 34 preguntas que fueron presentadas a los entrevistados. Nada se dice tampoco respecto de las sucesivas traducciones que implica el proceso metodológico empleado; cuyos pasos, sintéticamente presentados revelan una gran complejidad: construcción de la encuesta – entrevista – transcripción – agrupación – fragmentación – uso retórico como “fuentes” y “testimonios”.

Luego, los siguientes eventos relatados dicen relación con las reacciones que entrevistados y entrevistadores manifiestan respecto de la memoria de la Guerra Civil en la actualidad; es decir, para el caso, en la década de 1990. En el catálogo de tales reacciones se deja entrever otra narración. La Guerra Civil en la vida de “los hogares españoles” sería en principio “escasa” (14)

y, de aparecer, solo lo haría respecto de cuestiones triviales como el enfado que produce en los mayores la poca valoración de los jóvenes para con sus condiciones de vida (comida abundante y comodidades); o bien como un comentario sin mayor desarrollo, provocado por los conflictos bélicos contemporáneos que destaca la prensa.

Este panorama de recuerdos triviales y domésticos estaría siendo violentado por la agenda pública ya que, según los autores, el tema de la Guerra “sale a relucir como consecuencia de los artículos que se publican en la prensa y los comentarios que se hacen en la televisión” (14) y que, según un testimonio que se estima representativo, provocaría en los mayores:

un sentimiento de desencanto y a la vez una gran indignación debido al continuo desprestigio al que actualmente se somete a aquellos que, como mis abuelos, combatieron en el bando nacional; y al encumbramiento de los que lo hicieron en el bando republicano (15).

Este tratamiento del tema sería parte de mensajes contradictorios y sectarios y portador de:

un serio peligro, ya que se ofrece una imagen distorsionada y no real de lo que ocurrió en España hace sesenta años que puede calar en los más jóvenes, al no tener estos prácticamente ninguna visión distinta de esa con la que hoy les bombardean (15).

En resumen, los hogares españoles recuerdan escasamente la guerra y solo lo hacen de manera trivial. Se ven llevados a hacerlo por la agenda pública, que da presencia y valor al bando republicano, provocando indignación y rebeldía. Tal agenda pública y las representaciones más difundidas de la guerra civil, son un peligro ya que distorsionan los hechos.

En este relato, el desplazamiento metonímico de los autores transforma lo que ha delimitado primero como hogares de estudiantes de una universidad católica y de elite, en “los hogares españoles” y se establece el objetivo de la obra, que sería dar una visión no distorsionada, no sectaria de los hechos. Dirán los autores que: “nadie, sea cual sea su ideología, se sentirá a gusto con el contenido de las siguientes páginas, pues en la guerra civil española, ni el sufrimiento ni la barbarie fueron patrimonio exclusivo de ningún bando” (10). Los autores entran al campo de la

batalla de la memoria con la declaración de estar allí para conjurar el peligro del sectarismo, crítica que expanden al periodismo, el cine, la justicia, los medios de comunicación. Nótese como ejemplo, la idea de sectarismo asociado a las obras artísticas, las que por su naturaleza no presentan los hechos tal cual fueron, si es que ello fuera posible, sino que vehiculan explícitamente particulares visiones de mundo. Serían siempre y en toda ocasión, “sectarias”.

Por otra parte, la agenda pública y las iniciativas de la memoria, a las que se atribuye un rol causal en la forma insidiosa que tiene la memoria de la guerra en los hogares españoles, dice relación con problemáticas muy diversas, que en realidad no permiten agruparlas. Por un lado están las cuestiones jurídicas con sus propias dinámicas y normas de evolución, cuya validez no puede cuestionarse sin deslegitimar unos derechos que en ese mismo nivel jurídico se declaran universales. Por otro lado, están las cuestiones relativas al reconocimiento social de los vencidos, cuya ejecución performativa en el presente nada tiene que ver con distorsionar los hechos del pasado, sino más bien con cambios en el estatuto de su significación social presente. También hay por cierto, reivindicaciones políticas, siendo natural que estas existan ¿Qué justifica que se censuren o se limite su presencia en un estado plural y democrático? ¿No es igualmente político estar molesto frente a ellas?

Lo que silencian Bullón de Mendoza y de Diego, principalmente, es el producto de la guerra; es decir, el franquismo y su política de exterminio físico, moral y social del enemigo. Política mantenida con ahínco hasta más allá de la muerte del dictador, dado que no sería sino hasta 1978 que algunos miembros del bando republicano serían autorizados a volver a España, según testimonian miembros de las guerrillas antifranquistas. La cuestión de la agenda pública sobre la memoria no hace relación con distorsionar los hechos sino más bien con reparar y equilibrar, si no en el plano jurídico y/o material, al menos en el plano simbólico, a las víctimas de una violencia sistemática y ejercida por el franquismo, en nombre de una convicción higiénica llevada al campo de la guerra y la política, que justificaba el exterminio de los “rojos”. Ante la ignominia –en el sentido etimológico de afrenta pública de los sin nombre– mantenida severamente por el régimen franquista respecto de los vencidos, lo que vendría ocurriendo es una

nueva nominación, una re-aparición y una natural reivindicación pública. Por otra parte, ya sostener que esto es un hecho que se debe únicamente a las políticas públicas o una acción de los medios, sin un correlato ético o político-social que lo justifica y despliega, es una suposición cuestionable.

Coherente con esta visión, el texto de Bullón y de Diego continúa su relato con la declaración de rebeldía de Franco y el consecuente inicio de la guerra, culminando el texto con las celebraciones del triunfo del generalísimo, pretendiendo poner un punto final a los hechos sobre los cuáles hay que referirse con el fin de la guerra y las celebraciones de “la iglesia triunfante”, dejando en el silencio y fuera de toda consideración la existencia misma del régimen y su acción represiva en las décadas subsiguientes, que incluyen periodos especialmente álgidos de violencia criminal contra los vencidos y variadas formas de segregación y muerte social de una relativa menor gravedad que la exterminación física.

Es justamente el registro de esa violencia lo que hace particularmente notable el texto de Juliá et al, por cuanto el arco de tiempo que despliega su narración sobre la guerra –estrictamente lineal– y sus consecuencias va: “desde sus primeros días hasta bien sobrepasado su final” (53); concretamente, desde 1936 hasta los primeros años de la década de 1950. Cronológicamente hablando, ambos textos se solapan para el periodo 1936-1939 y el periodo 1939-1950, sólo es relatado por el texto de Juliá y colaboradores. Allí donde Bullón y de Diego terminan sus *Historias*, Juliá y colaboradores dan cuenta de la consistencia y coherencia de las prácticas de la represión franquista, con una estrategia de exterminio fuertemente anclada en la perspectiva higiénico-política, que ya había alentado la perpetración de violencia política durante la guerra, mucho más allá de las acciones bélicas.

El texto de Juliá y colaboradores también pretende entrar en la narración histórica, movido por cuestiones desmitificadoras y académicas. En principio los autores hacen un breve repaso panorámico de los hechos posteriores al fin del franquismo para llegar a las consecuencias alusivas a la “reconciliación nacional” y a la política de olvido llevada adelante en el periodo de la transición. Este olvido, promovido desde lo político, es el que habría llevado a percibir, por

parte de la historiografía inglesa que los españoles tendrían una resistencia o una imposibilidad epistémica para historiar la Guerra Civil Española. Pudo haber olvido político, explica Juliá, pero los afanes de los historiadores, alejados de la gran política, no fueron imposibles ni menores; tan solo episódicos, monográficos, microhistóricos. Este libro en particular pretende articular en una gran narración sinóptica y panorámica geográficamente, el resultado de unas bien documentadas investigaciones de la historiografía española sobre la guerra y sus consecuencias. En palabras de los autores, el texto pretende: “ofrecer un relato que abarque la cronología total de los hechos y toda su extensión geográfica y que resuma en una síntesis general todo lo investigado hasta el momento presente” (53). Se trata por tanto de una historia de la violencia en la que se ven retratados tanto víctimas como victimarios, más allá de lo que reza explícitamente el título del volumen.

Dado el contexto de una política de olvido por parte de los gobiernos de la transición española, parece haberle venido impuesta a la historiografía la condición de antesala de la justicia. Más allá del lugar común del “juicio de la historia”, esta obra parece hacerse presente para encontrar un lugar común cuyos contornos sean colectivamente aceptados para la memoria de la nación. En esto, las narrativas de ambos textos parecen relativamente parecidas, ya que se esfuerzan en presentar alternadamente las violencias ejercidas por ambos bandos para dar fe de su ecuanimidad y así lograr “credibilidad”. Eso sólo pareciera darles a ambas obras títulos de ciudadanía en el país de la objetividad histórica, lugar quimérico y engañoso, si los hay.

Puestos al nivel de las fuentes, las obras aparecen configuradas a partir de materiales de una naturaleza diversa. Las *Historias de la guerra civil* de Bullón y de Diego, son en realidad selecciones de recuerdos hechos en el presente por parte de un pequeño grupo de personas que la vivieron. Si bien para la lógica fuertemente individual de la literatura testimonial el número de entrevistas realizadas en este proyecto es vasto, llegando muy cerca de los mil testimonios individuales, nada se menciona sobre la inescrutabilidad que puede acompañar ese universo de relatos, ni tampoco respecto de su representatividad. Mil relatos frente al canon testimonial individual, aparecen como un esfuerzo ciclópeo por una recogida hecha al azar; efecto realizado

por la presentación del azar mismo como fuente de autoridad (ver 10). Sin embargo, hay que hacer notar no hay azar ninguno en entrevistar a personas que han vivido la experiencia de la guerra, ni menos lo hay en hacerlo en torno de las familias que se han orientado hacia una educación católica de elite. Si algo, por básico que sea, puede caracterizar el territorio de lo historiográfico es la elección de las fuentes de acuerdo a un criterio justificado y coherente con las opciones metodológicas. Ni hay azar o aleatoriedad, ni pueden esgrimirse su presencia como fuente de autoridad historiográfica. El plural del título –historias– tanto como las declaraciones sobre la validez del testimonio como fuente “subjetiva”, intentan vadear el territorio sobre el que se mueve la obra. Se alega que “la fuente oral no tiene por que ser imparcial, ni tampoco objetiva” (14). Los rudimentos de la hermenéutica histórica indican que ninguna fuente lo es y el historiador, como hablante idealizado, es el que ha de tener presentes las herramientas de una interpretación con el mérito de la imparcialidad y objetividad. Es el historiador el que no está dispensado; las fuentes siempre son subjetivas, contradictorias, parciales y es su tarea interpretarlas, decodificarlas semiótica, semántica, históricamente.

Cómo y por qué se han recogido unos relatos por sobre otros, es algo que no expone ni problematiza en la obra de Bullón y de Diego. Qué criterio ha justificado el trato de los relatos recogidos como piezas fragmentables dispuestas al bricolaje narrativo, como efectivamente ha ocurrido, es algo que tampoco se problematiza. Aunque efectivamente ninguna ideología puede sentirse a gusto con las hondonadas de violencia y crueldad que se manifiestan en el texto, hay otros aspectos en que si puede pensarse que se han escogido por afán de conveniencia a una posición ideológica, los fragmentos de relatos que más se pudieran adecuar o que pudieran proveer la mayor credibilidad a las ideas que se tienen. Un ejemplo muy claro de estas posibles manipulaciones de las fuentes, son las que se refieren a la imagen con que se presentan las cuestiones de género y política en el marco de la guerra civil española. Sin negar los muchos matices con que este aspecto de las relaciones sociales puede ser presentado, resulta burdo reducir la presencia femenina en las fuerzas bélicas del bando republicano a unas mujeres que eran o prostitutas (ver 87) o que su participación se remitía a “ponerse pantalones e imitar a los

hombres” (87). También resulta cuestionable presentar a las mujeres del bando nacional como parte de algún vago movimiento por la validación de la mujer –una suerte de “emancipación católica”–, siendo las mujeres claramente limitadas al rol de madre y servidoras domésticas en el imaginario social del franquismo. En definitiva, dada la vastedad del universo de los relatos recogidos y a su tratamiento fragmentario al servicio de la construcción narrativa, la obra queda sujeta a las visiones que les son, en algunos temas, más cómodas a los autores.

Sociológica y antropológicamente, mucho también habría que decir respecto de las entrevistas conducidas por nietos, sobrinos o parientes de los testimoniantes. Se trata, podemos imaginarla, y así se trasunta de algunos pocos relatos reproducidos en el texto, de una situación cargada de tensiones, expectativas, supuestos y performatividades, sobre las cuales poco o nada se tematiza o interpreta, siendo tal vez una de las experiencias antropológico-sociales más rescatables de todo el intento. En la tensión entre las narraciones que portan los jóvenes –¿Una España audaz, reconciliada y posmoderna?– y las narraciones que portan los mayores –¿Una España fratricida y decadente?– es posible intuir todo un registro de performatividad de entrevistadores y entrevistados, que podría llegar a constituir una verdadera fuente antropológica.

Por su parte, el grupo de historiadores de *Victimas de la guerra civil* ha tenido a la vista un conjunto vasto de monografías históricas sobre los distintos escenarios geográficos e históricos de la violencia. Así como los autores de *Historias orales de la guerra civil* declaraban que para el periodo de 1936 a 1939, ninguna ideología se sintiese a gusto entre las páginas del texto; de la misma manera es imposible que un régimen plenipotenciario en un periodo de 35 años, no quedase plenamente al descubierto en su trato cruel y fanático de los vencidos, en la obra de Santos Juliá y colaboradores.

Un punto trascendental en el que puede evidenciarse la diferencia ideológica y epistémica entre las dos obras, es el rol atribuido a la Iglesia Católica. Aunque se mencionan en *Historias orales de la guerra civil*, algunos hechos deleznable de miembros de los miembros del clero católico, se destaca sobre todo la violencia ejercida contra los curas y monjas por parte del bando republicano. Se visibilizan también testimonios sobre la fidelidad al culto en las condiciones

clandestinas a las que la vida religiosa se veía reducida en los territorios en manos republicanas. Cierra todo el relato el acápite titulado “la iglesia triunfante” (225) en el que se dan algunos testimonios que apuntan hacia el rol de activos protagonistas de la violencia política y de la represión de algunos sacerdotes, concluyendo luego que el panorama general deriva en una suerte de empate, dada la situación previa: “quienes habían participado en la persecución religiosa fueron a su vez víctimas de persecución al producirse al triunfo de los nacionales” (229). Esta afirmación deja fuera de foco cuestiones que para la obra de Juliá y colaboradores se juzgan fundamentales a la hora en dar un panorama global de lo ocurrido durante y después de la guerra. Para Juliá y colaboradores no puede dejarse fuera de la escena de guerra la bendición eclesial a la política de exterminio del franquismo (ver 112-116), cuyo hito fundamental se fija en el “1 de Julio de 1937 cuando salió a la luz la carta colectiva del Episcopado español redactada por el cardenal Gomá” (114). En dicha carta la iglesia católica bendice la acción de guerra, presentándola como “una confrontación entre dos civilizaciones: la de la España católica y la anti-España extranjera y marxista” (115). La identificación total con el franquismo habría llevado a la Iglesia Católica a un lugar de sumo privilegio en el régimen triunfante, consiguiendo para sí: “financiación estatal, control de la totalidad del sistema educativo y materialización legislativa de sus valores morales” (115). La contundencia de la bendición católica a la guerra, así como el rol jugado por el catolicismo en el régimen franquista, aparecen como elementos de juicio, contexto y causalidad en el panorama general de la violencia post bélica y queda al menos sugerido que a partir de esto, se derivan ingentes responsabilidades morales, jurídicas y políticas.

Desde una posición ética el texto de *Víctimas* se esfuerza por demostrar la potencia de la recordación historiográfica al poder constituir un relato comprensivo temporal y espacialmente del sufrimiento de las víctimas. Si la obra de Bullón y de Diego es posible caracterizarla como una cruzada por la rehabilitación de la memoria de la violencia sufrida por los franquistas, nacionalista y católicos, en base a unas copiosas pero inevitablemente limitadas fuentes testimoniales; la obra de Juliá y colaboradores, realizada en base a monografías históricas, esta enraizada en un espíritu de ajuste.

Por la naturaleza de las fuentes y por el rigor de la visión histórica de conjunto *Víctimas* aparece en un nivel otro, respecto de la obra de Bullón y de Diego. Se trata de ese nivel de relato histórico que aspira a constituirse en territorio común de una colectividad. En este sentido, *Víctimas* tiene mucho más que ver con una posible elaboración de la memoria colectiva, que el fragmentado e ideologizado universo de rememoraciones que presenta el texto de *Historias*. Con todo, tenemos aquí dos textos de la memoria re-visitada histórica y antropológicamente. En la intimidad familiar, el nieto descubre el pasado del abuelo; la sobrina se enfrenta a la infancia de sus tíos y tías. En la lectura del relato histórico el/la lector/a redescubre el mundo de la guerra civil, sus lógicas y luchas, sus etapas y matices. En la performatividad de la entrevista y de la lectura se construye un espacio de encuentro y de construcción de imágenes de la nación. La idea ya generalizada de verdad histórica, apunta en la dirección de una plaza pública en la que los paseantes reconocen el mismo decorado y no tan sólo aquel que les gustaría ver, imaginar, proyectar.

Una posmemoria desde el sur

El concepto de posmemorias, que Sarlo rechaza claramente en *Tiempo pasado* (2005), tiene una enorme posibilidad de relaciones con el tratamiento de la memoria de la Guerra Civil Española. Puestos frente al límite de la muerte de los individuos que han vivido la guerra, por una parte se revitaliza el esfuerzo testimonial y por otra comienzan a emerger aspectos de la proyección moral, simbólica y psíquica de los acontecimientos. Entre estas proyecciones resulta notable la idea de una posmemoria, dado que se tematizan así las vivencias, experiencias, emociones y despliegues existenciales de una gran cantidad de personas, literalmente dispersas por todo el mundo, en relación a la Guerra Civil Española. Las posibilidades y realidades que emergen al tematizar la posmemoria, quedan bien ilustraas en el diálogo de una tira cómica publicada en el diario *El País*, el 21 de abril del año 2010:

–tengo una herida de la guerra que no me cicatriza

–¡pero si tú no estuviste en la guerra!

–bueno, es que la heredé de un antepasado

La articulación inicial de la posmemoria se origina en el texto de Marianne Hirsch, *Family Frames: Photography, Narrative and Postmemory*, del año 1997 y del cual se ha hecho un uso operativo muy útil en relación a la Guerra Civil Española y la literatura, especialmente en el trabajo de Elina Liikanen. El trabajo de Marianne Hirsch es además de relevancia en este contexto particular de discusión del rol de la subjetividad en el relato académico, toda vez que la trayectoria de Hirsch ha sido descrita con las siguientes palabras:

Después de una exitosa carrera en el campo de los estudios de la literatura francesa con un enfoque psicoanalítico y feminista, Hirsch se abocó al estudio de la posmemoria recuperando experiencias personales de infancia y leyendo el corpus de las producciones culturales sobre el Holocausto. El cambio de énfasis en la carrera de Hirsch está marcado por prácticas de los estudios culturales que a partir de los años ochenta, propician la inclusión de lo personal en el trabajo intelectual y amplían los *corpus* de estudio de los críticos literarios que ahora incluyen fotografía, cine, historieta y otros géneros. (Szurmuk 222).

Como vemos, en la génesis misma del concepto de posmemoria está la cuestión de la interacción de la subjetividad en la esfera de lo académicamente correcto y permitido. Esfera continuamente asediada y cuestionada en sus contornos desde el giro subjetivo hasta nuestros días.

En palabras de Liikanen:

[E]l término *posmemoria* sirve para denominar la memoria de segunda generación acerca de una experiencia colectiva traumática. Es decir, el sujeto de la posmemoria no vivió personalmente la experiencia o el acontecimiento recordado, anterior a su nacimiento, sino que tiene acceso a él mediante el recuerdo de otra persona. Esto implica inevitablemente una transformación de la dicha memoria, ya que el receptor la completa y la elabora mediante la imaginación y sus conocimientos históricos procedentes de otras fuentes. (2-3).

Como lo evidencian los estudios literarios de Liikanen puede que respecto de la Guerra Civil Española estemos viviendo, según comenta Julio Llamazares:

[E]l tiempo de la *posmemoria*, que es la que nos corresponde a quienes, como la mayoría de los españoles vivos, conocimos la guerra y la posguerra a través de nuestros antepasados; o sea, tenemos una memoria de esas dos épocas modificada por el distanciamiento.

La posmemoria como silencio

La cédula de identidad de Camilo Sánchez Novoa, señala su fecha de nacimiento y su nacionalidad. Nació el 13 de octubre de 1918 y su nacionalidad es española. Por lo tanto, tenía, para julio de 1936, 17 años y cumpliría la edad de enrolamiento militar tan sólo tres meses después de iniciada la guerra. El mismo documento señala que obtuvo de parte del Estado chileno, por decreto supremo N° 5354, la permanencia definitiva en el país, el 5 de diciembre de 1955. Por diferentes testimonios y dada la necesidad de acreditar un periodo de permanencia continua en el país para obtener la permanencia definitiva, es claro que mi padre llegó a Chile a finales de la década de 1940 o a principios de 1950. Acogido inicialmente por una red de paisanos gallegos, logró cierta prosperidad en el negocio de las panaderías, falleciendo en 1978. Nunca lo escuché hablar de sus padres. Apenas un par de veces mencionó a sus hermanas y a su hermano. Muy pocas veces lo escuché hablar de algún lugar de España. Nunca lo escuché hablar con detención de la guerra. Sólo me refirió cuestiones que pudieran considerarse triviales. Recuerdo que me contó alguna vez que tuvo que comerse un gato, cuestión que me impresionó y me impresiona aún hoy, vivamente. Vagamente recuerdo algo sobre cigarrillos, aviones y bombas; algo dicho en algún momento, ya irrecuperable. Ninguno de aquellos fragmentos logró nunca darme ni lejanamente la idea de que mi padre había sido parte de un ejército de guerra y que su actuación en el conflicto se hubiera extendido hasta más allá del fin de la misma. Sorpresa e incredulidad, fue lo que experimenté cuando comencé a recoger desde los cajones de los

muebles familiares, fotografías de mi padre con uniforme militar. Interrogando a mi madre logré reconstruir parte de la historia.

Siendo un campesino analfabeto de 18 años recién cumplidos –el relevo de 1937– fue enrolado en el ejército franquista. Habría aprendido a leer y escribir en el ejército. Habría recibido una herida en el hombro izquierdo, debido a la cual caminaba ligeramente encorvado. Terminada la guerra fue enviado como guardia a un paso fronterizo; específicamente la localidad de Port Bou en Cataluña, una zona especialmente conflictiva por la actividad guerrillera durante la década de 1940 y tristemente célebre por ser la localidad en la que se suicidó el filósofo judío alemán Walter Benjamin. Para ser un militar franquista me es extraño recordarlo especialmente involucrado en la tarea de coleccionar y empastar enciclopedias por fascículos. Mucho más difícil me resulta encajar esa imagen con la de un guardia de frontera del franquismo en una región especialmente crítica a comienzos de los cuarenta.

Todo el relato posible que puedo hacer de la experiencia de mi padre en la guerra se reduce a las líneas precedentes. Evidentemente, su experiencia más profunda y vital del conflicto quedó sumida en el silencio. ¿Elusión involuntaria? ¿Vergüenza? ¿Imposibilidad de narrar? ¿Estrategia de protección a para consigo mismo, para con los otros? ¿Imposibilidad de narrar la guerra en un contexto “extranjero”? ¿Imposibilidad de dar palabras a los eventos, a las vivencias, a los actos voluntaria o “involuntariamente” ejecutados? ¿Culpa? ¿Evasión?

Al contrastar los recuerdos aquí relatados resulta interesante notar que se trata de una posmemoria del silencio; otra, respecto de la posmemoria entendida fundamentalmente como relato explícito. Es una posmemoria a la que se accede por el silencio, sin posibilidad de mediarse en un relato familiar que sería ya catártico. Y si bien es un silencio que otorga libertad a través de la ignorancia, es también una fuente inagotable de preguntas, fantasías, elucubraciones. ¿Qué vivencias, que hechos bélicos, que crímenes cometió/sufrió/presenció el sujeto que opta o se ve constreñido al silencio?

La posmemoria del silencio abre un debate en el sentido de los efectos de los traumas de la violencia bélica son tan intensos que pueden estar allí tanto en lo dicho como en lo no dicho, tanto en el relato como en el silencio.

Tal vez, en la posmemoria del silencio está la utopía de un construirse en plena libertad. El revés de esta desmemoria que potencia todas las posibilidades es la fragilidad de una novedad eterna basada en la ignorancia; en que las raíces no se aprecian o apenas pueden percibirse, cubiertas por el velo del silencio. Respecto de la actividad literaria de la posmemoria de la Guerra Civil Española y el franquismo, se ha escrito que es significativo que tal actividad, en su tensión entre historia, narrativa de ficción y posmemoria sea efectivamente de la de novelar, en el sentido de no-velar (ver Liikanen). La posmemoria producto del silencio sería una historia velada, sin palabras pero igualmente existente. Sutil, espectral presencia.

A modo de conclusión: la paradoja de los paratextos

Los paratextos de los trabajos principales aquí analizados aportan tensión al horizonte de recepción. Para el caso de *Historias orales*, la presentación aspira a inscribir el texto en una obligatoria e imprescindible memoria colectiva, al señalar que el trabajo: “pretende contribuir a la escritura de un capítulo ineludible de la memoria colectiva de los españoles”. Presentación de aspiración canónica y de inscripción en lo colectivo, subsume la perspectiva parcial e ideológica del texto. *Historias orales* además se presenta con las vestimentas posmodernas de la *petit histoire*, la del cotidiano, la del común y desde abajo, proponiéndose como una historia: “narrada por sus protagonistas, abordando temas tan frecuentemente olvidados por la “gran historia” como las formas de buscar abrigo o sustento o de vivir las relaciones familiares y sentimentales en un contexto alterado por el conflicto”, según narra la contraportada del libro. Formato posmoderno que vehicula un vetusto espíritu de cruzada, *Historias orales*, si bien aporta la dimensión intersticial del conflicto, queda limitada por la rememoración y la superposición de hablantes en

la que se despliega no otra cosa que la ideología de unos autores que fragmentan testimonios sin mayor justificación.

Para el caso de Víctimas de la Guerra Civil resulta del todo paradójico que lo que describe como un trabajo realizado “por los más notables especialistas, basándose en fuentes inéditas y numerosos trabajos monográficos”, se subtitule como “una aportación imprescindible a un debate que sigue abierto”. Todo lo más a lo que aspira la obra en su vasta dimensión espacial y geográfica es justamente a lograr contornos más o menos estables –si bien no definitivos–, en los que se vislumbre la posibilidad de establecer un territorio común que limite la apertura indefinida del tema.

En la perspectiva de la posmemoria el cierre no es posible. Las historias narradas o silenciadas, parecen seducir igualmente la imaginación de las generaciones sucesivas. Objetiva/da en el relato constructor de la nación o mellada de inscripciones subjetivas, la narración histórica de los actos de violencia porta el germen del debate ético. Una toma de posiciones parece en este plano algo casi inevitable, al punto que numerosos trabajos llegan a igualar ética y memoria ¿Quién toma posiciones, recuerda, juzga, se conmueve/emociona o no, sino un sujeto? ¿Puede la historia pensarse más allá, otra, inscrita de singularidad dentro la regularidad?

Saberes otros, si no posibles de desplegarse totalmente, al menos utopía literaria y académica en la perspectiva de las integraciones entre conocimiento y subjetividad, historia y posmemoria. Utopía que no renuncia a la política, la memoria o la justicia; que no renuncia a la razón ni las posibilidades de una comunicación científica, académica, social ¿Nueva friccionalidad, esta vez no literaria sino académica?

Bibliografía

“Álvaro de Diego González: Todo apunta a que José Antonio le hubiera sido muy incómodo a Franco en zona nacional”. Entrevista a Álvaro de Diego. *MinutoDigital.com* 9 junio de 2010. <<http://www.minutodigital.com/noticias/2010/06/09/alvaro-de-diego-gonzaleztodo-apunta-a-que-jose-antonio-le-hubiera-sido-muy-incomodo-a-franco-en-zona-nacional>>.

Barahona de Brito, Alexandra, Paloma Aguilar Fernández y Carmen González Enríquez. “Introducción”. *Las políticas hacia el pasado: juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*. Eds. Alexandra Barahona de Brito, Paloma Aguilar Fernández y Carmen González Enríquez. Madrid, Ediciones Istmo, 2002. 29-70.

Brotons, Jesús. “Heridas mal curadas. Entrevistamos al historiador Josep Maria Solé y Sabaté”. *Revista Vice*. <<http://www.viceland.com/es/v2n5/htdocs/heridas-mal-curadas-100.php>>.

Bullón de Mendoza, Alfonso, y Álvaro de Diego. *Historias orales de la guerra civil*. Barcelona: Editorial Ariel, 2000.

Cuesta Bustillo, Josefina. “Memoria e historia. Un estado de la cuestión”. *Memoria e Historia*. Madrid: Marcial Pons, 1998. 203- 246.

El Roto, Viñeta de Humor gráfico. *El País* 21 de abril 2010. <http://www.elpais.com/vineta/?d_date=20100421&autor=&anchor=elpporopivin&xref=20100421elpepivin_3&type=Tes&k>.

“El trauma del franquismo ya alcanza a los bisnietos”. *Público.es* 14 de junio 2009. <<http://www.publico.es/espana/232156/el-trauma-del-franquismo-ya-alcanza-a-los-bisnietos>>.

Hirsch, Marianne. *Family Frames: Photography, Narrative and Postmemory*. Cambridge: Harvard University Press, 1997.

Instituto CEU de Estudios Históricos. <<http://www.iehistoricos.ceu.es/instituto-estudios-historicos.html>>.

Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores, 2002.

Juliá, Santos, et al. *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Editorial Temas de hoy, 2006.

Moreno, Jaime. “Sacralización – Memoria – Historia. Fernando ha vuelto”. 51º Congreso Internacional de Americanistas. Repensando las Américas en los umbrales del siglo XXI. Santiago de Chile, 2003. Simposio 9: Memoria, historiografía y derechos humanos. Inédito.

Liikanen, Elina. “Novelar para recordar: la posmemoria de la Guerra Civil y el franquismo en la novela española de la democracia. Cuatro casos”. Ponencia presentada en el Congreso Internacional la Guerra Civil española 36-39, 2006. Universidad de Santiago de Compostela. <http://www.secc.es/media/docs/33_4_LII_KANEN.pdf>.

Labanyi, Jo. "Coming to Terms with the Ghosts of the Past: History and Spectrality in Contemporary Spanish Culture" *Journal of Iberian and Latin American Literary and Cultural Studies* 1.1 (2001). <http://arachne.rutgers.edu/vol1_1labanyi.htm>.

Labanyi, Jo. "Historia de víctimas: la memoria histórica y el testimonio en la España Contemporánea". *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal* VI.24 (2006): 87-98.

Lizcano, Emanuel. *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Madrid: Ediciones bajo cero, 2006.

Longoni, Ana. "Apenas, nada menos (En torno a Arqueología de la Ausencia, de Lucila Quiet". *Memorias Urbanas en Diálogo: Berlín Buenos Aires*. Ed. Peter Birle et al. Buenos Aires: Buenos Libros, 2010.

Llamazares, Julio. "Posmemoria". *El País* 29 de noviembre 2006.
<<http://www.almendron.com/tribuna/12940/la-posmemoria/>>.

Ortega, Francisco. "La ética de la historia: una imposible memoria de lo que olvida". *Desde el Jardín de Freud. Revista de Psicoanálisis* 4 (diciembre 2004): 102-119. Dossier especial: "Memoria, olvido, perdón, venganza".
<<http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/viewFile/8302/8946>>.

"Santos Juliá aboga por pasar página de la Guerra Civil: 'El duelo no crea una deuda permanente'". Entrevista a Santos Juliá. *Europa Press* 21 de junio 2011.
<<http://es.noticias141520319.html.yahoo.com/santos-juli%C3%A1-aboga-pasar-p%C3%A1gina-guerra-civil-duelo->>>.

Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

Szurmuk, Mónica. "Posmemoria". *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. Eds. Mónica Szurmuk y Robert McKee. México, D.F.: Siglo XXI, 2009. 222-226.

Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los otros*. México, D.F.: Siglo XXI, 1998.